II Domingo del Tiempo Ordinario, Ciclo C

Los agentes ocultos

"Jesús les dijo: Llenad las tinajas de agua. Y las llenaron hasta arriba. Entonces les mandó: Sacad ahora y llevádselo al mayordomo. Ellos se lo llevaron". San Juan, cap. 2.

A pesar de tantos egoísmos personales y grupales, a pesar de las guerras, de la incomunicación que a todos nos aísla, hemos avanzado en vida comunitaria. Vaya cómo ejemplo: Antes se atribuyó el descubrimiento de América a un sólo hombre, aunque en torno a él colaboró un amplio colectivo. Hoy, en cambio, explicamos decididamente la conquista del espacio cómo mérito de muchos astronautas y numerosos científicos que acompañaron su proeza.

Actualmente nada puede llevarse a cabo sin los consejeros económicos, los asesores, el grupo de investigación, los técnicos de seguimiento y los controladores. Ya no es posible ni vivir ni subsistir, si no es en comunidad.

Cuenta San Juan que en Caná de Galilea, con ocasión de una fiesta de bodas, Jesús dio comienzo a sus signos cambiando el agua en vino. Salió en ayuda de aquellos esposos desprevenidos que no contaban con tantos comensales.

El primer milagro del Señor se realiza en equipo. María llama la atención de su Hijo, El aporta su poder, los sirvientes, siguiendo la orden de Jesús, llenan las tinajas hasta el borde. Luego le presentan el agua al mayordomo de la fiesta. Este prueba el agua transformada y llama al novio para decirle: Has guardado para el final el mejor vino...

Todo un trabajo comunitario, en el cual cada uno aporta lo mejor de sí. Lo que sabe, lo que puede.

Al leer esta historia, descubrimos una valiosa lección: Con excesiva ligereza y autosuficiencia, le damos o le quitamos importancia a la gente, por el oficio que desempeña. No apreciamos a los humildes que realizan tareas ignoradas, las cuales sin embargo, ocupan los primeros renglones en la agenda de Dios.

Estos agentes ocultos están siempre detrás de cada acontecimiento, de cada actividad o programa, de cada triunfo. Así sucede en los gobiernos, en la Iglesia. Algunos nombres aparecen en la fachada. Detrás, cubiertos por el resplandor de unos pocos, muchos innominados.

Hasta cincuenta o más personas son necesarias para que llegue a nuestra mesa un pedazo de pan... El ajetreo diario no nos permite tenerlas en cuenta y celebrar con cada una de ellas la fiesta de la vida.

Cuando admiramos una edificación preguntamos: ¿Quién fue el arquitecto? Pero nunca:

¿Quién fue el maestro de obras, el delineante ? Quiénes los albañiles, los pintores, los electricistas, los fontaneros?

Y cuando se nos invita a cenar, agradecemos a la anfitriona. Casi nunca a la empleada que aportó su tiempo y sus habilidades.

En el Antiguo Testamento se habló de un Dios que salva. Hoy, después de la Encarnación, sentimos a un Dios que salva con nosotros.

Padre Gustavo Vélez Vásquez m.x.y.